

EL ÚLTIMO QUE APAGUE LA LUZ

Joaquín Esteban Cava
Coordinador de la revista



Las políticas económicas de los años sesenta del siglo pasado marcaron un punto y aparte en la historia de nuestros pueblos y de otros muchos de comarcas rurales. Una a una, las familias dejaban casa, labores, familia, recuerdos o difuntos y marchaban a cualquier barrio periférico de cualquier ciudad industrial en donde hubiera empleo. Aquí, abandono; allá mano de obra dócil, productiva y barata, más una hipoteca asociada a una infravivienda.

Consecuencia directa de aquel fenómeno migratorio fue el gran desequilibrio territorial que ahora padece España, con unas cuantas ciudades y regiones masificadas y numerosas provincias semidespobladas.

En la mayor parte de los pueblos que sufrieron el fenómeno de la emigración, el número de vecinos descendió sensiblemente y algunos se despoblaron por completo. Es el caso de Valtablado de Beteta, sobre cuyo abandono y venta de su término municipal al ICONA publico un artículo en el presente número de la revista. Otros pueblos como El Tobar perdieron su autonomía municipal.

Al cabo de cincuenta años regresa el ciclo que, salvo milagros, devorará lo poco que queda de los pequeños municipios. En nombre de una crisis que no hemos guisado, pero nos la estamos comiendo a tragantadas, se están cerrando escuelas, reduciendo servicios sanitarios, destruyendo empleo en las brigadas forestales y escatimando inversiones en infraestructuras locales y comarcas. Y, como antaño, suenan campanas de arrebato pidiendo la desaparición de los pequeños municipios para agruparlos a otros mayores. Como si la experiencia no hubiera demostrado ya que así el ahorro económico será insignificante, empeorará la gestión de los servicios públicos y el enfrentamiento entre núcleos agregados con el pueblo que los anexiona estará servido.

De continuar esta dinámica, no pasarán muchos años para que pierdan su autonomía la mayor parte de los actuales ayuntamientos de la Sierra de Cuenca y se convierta la comarca, como tantas otras veces al cabo de la historia, en territorio de ocio –e incluso de negocio– para caciques ajenos a la tierra. A lo mejor no hemos sabido defender lo nuestro y merezcamos este vacío vecinal que progresiva e irreversiblemente sufrimos. «¿Qui lo sa?».

Pero hay algo que nadie podrá quitarnos en muchas generaciones: el orgullo y la dignidad con que agitamos el afecto por esta nuestra patria chica. Dicen que uno no es de donde nace, sino de donde paca. Discrepo; las ovejas engordan donde pacen, pero aquí sabemos de siempre que la raza merina es serrana y la churra manchega, aunque hagan trashumancia. Y los humanos, que no somos borregos por más que algunos lo deseen, llevamos tanta información atávica en los genes que nos hace volver a las raíces una y otra vez. O si no que pregunten a los supervivientes de Valtablado.

Por eso y para eso, en este número de la revista traemos nuevos e interesantes temas que nos enlazan con los esfuerzos, de ilusiones y fracasos llenos como en cualquier actividad humana, de quienes pisaron antes estas tierras. Además de las habituales secciones, publicamos varios reportajes sobre la conocida Dehesa de Belvalle, la vieja industria de las ferrerías, las maderadas, etc. Continuamos, en fin, ahondando en la difusión de nuestra pequeña gran historia comarcal.

Va por ustedes, lectores leales que cada año esperan con interés el nuevo número de Mansiegona. Salud y buen ánimo. Que la crisis no les impida disfrutar las siguientes páginas, que vienen cargadas con la positividad que todos los que escribimos en ella pretendemos transmitir, sin costo ni IVA añadidos.